

CRONICA INTERNACIONAL

DIETL Y LA TEORÍA DE LA GLORIA.

Quien acuña aforismos, acuña monedas, cuando no medallas, con su efigie. Aunque los troquele en oro o en bronce, peca por engreimiento. A nadie se le da un idioma para que recorte con él sentencias en las que además se graba. Hemos todos alguna vez acuñado frases que ojalá no nos sean contadas. Que estas onzas en metal perpetuable no sobornen nuestra vejez ni se nos sumen a una cuenta corriente que hoy por hoy nos basta. Una sentencia que nos es imputable, aunque circula poco, dice así: «No nos engañemos. El temple de la pluma no es el temple de la espada. El que no haya sido un militar de la gran especie, ha perdido su vida.» Fundadores hubo o misioneros, o togados o nautas, o gentes de los oficios seculares, que no la perdieron. Son muchas las ejemplaridades que nos justifican aparte de la ejemplaridad de la espada, a la que atamos tantos destinos. Hay nobleza en aceptar la suerte y, con ella el quehacer que se nos depara. La creación es diversidad y nadie ha habido tan insensato que le haya puesto a la creación fe de erratas. No es, con todo, fácil consolarse de no haber sido militar en la España en que lo fueron sus escritores más altos. La muerte de Dietl ha reagitado en nosotros ideas que, no porque se refuten, dejan de amarse. Fué Dietl un soldado de cuyo nombre, juntamente con el de Narvick, resonó el orbe en 1940. La toma de esta ciudad es un hecho que se inscribe en la historia, en la leyenda y en

una como mitología de los héroes germánicos. Es Hitler quien, narrando la proeza, dijo memorablemente: «Confíe el asalto a Narvick a un general a quien no se conocía.—Le embarco —le hice notar— en una aventura que es simplemente un imposible. Estoy seguro de que, al serlo, usted la llevará a feliz término. Entre —se pueda o no se pueda— en Narvick y tómelala para nosotros. Muy lejos está, pero la distancia es un estímulo más. Tenemos prisa.» Y Dietl, con un puñado de alemanes, tras de partir y hender las fuerzas navales, entró en el puerto y se mantuvo en él hasta que llegaron formaciones nuevas.

Las reacciones de la flota inglesa fueron desbaratadas, y los combatientes que el Reino Unido desembarcó, reembarcaron para reiterar el contraataque. «El fuego de nuestra escuadra —anunció Londres— abrasará la resistencia, que es improporcionable.» No la abrasó, y el aguante de Dietl después de la conquista de Narvick fué el imposible logrado después de lo imposible vencido. «Dietl —reconoció Londres— es un soldado que sortea casi fabulosamente las dificultades.»

No tenía hasta entonces biografía, pero con las jornadas de Narvick se irguió sobre el fondo de la historia para la posteridad. No hay gloria para nosotros como la de las armas, se alíe o no a la gloria de las letras. No pedimos en este punto Vidas Paralelas, aunque al Plutarco español le plazcan. Decimos siempre, y ojalá se nos oiga, que la fama es el remedo espurio de la gloria, como el renombre el remedo espurio de la fama. Hay, en fin, el éxito, que es el remedo espurio de la fama y no satisface sino a las raleas. Que los que no sean militares de su condición y su estirpe no hagan suya nuestra sentencia ni imaginen que han perdido su vida. De otro modo que siendo militares la justificarán; pero ya que no lo son, no se consuelen fácilmente de no serlo. Emulaciones salvadoras no falten.

DOS TURQUÍAS, DOS TIEMPOS, DOS TÁCTICAS.

¿Ha visitado el Kremlin un representante de Ismet Inonu? Calla Moscú sobre los Dardanelos, como calla Angora y callan los protocolos de Montreux que el Ghazi refrendó. Tres cosas

dicen los árabes hay que pasan y no dejan huella: la sombra por el muro, la sierpe por la hierba y el hombre por la mujer. Hay quizá una cuarta, y es la palabra turca por el oído ruso y al revés. Creímos hacia 1924 definir la Rusia entre bizantina y tártara como Edad Media conservada en nieve. Entre 1924 y 1944 han pasado en el mundo de las imágenes no veinte, sino doscientos años. Si Rusia en las Conferencias internacionales grita «¡En pie los muertos!», más de tres millones de voces de ultratumba contestan «¡Presentes!». Antes que comunistas esos muertos que ayudan a la diplomacia en su estrategia de ardidés, son soldados. El comunismo es esclavitud, pero ahora y siempre la gloria de las batallas manumite. Nadie como el alto mando alemán lo experimenta. La guerra, pese a sus males, reconfigura el régimen de los pueblos victoriosos y transforma a las sociedades y a los Estados. No es probable que sea la Rusia de Lenin, sino la de siempre la que conozcan nuestros hijos. Pero estamos aún en las vísperas y Angora enmudece sobre lo que pasa o no pasa con su representante en el Kremlin. Los bienes que más ama el turco cuando le platean las sienés no son ya caballo y serrallo con juegos de pólvora. Son, como la balada de Behmen Effendi canta, el silencio y el oro de la propia estrella en la noche. Calla Turquía sobre los Estrechos que son el conducto que comunica el Mediterráneo con la Rusia del Sur, las regiones del Cáucaso, pingües del petróleo de Bakú, Grosny, Daghestan, Maskop, Aktiubink, Embo, Sajalin y Volga Ural, y la Turquía asiática.

Tres guerras clásicas acreditan desde textos escolares en mil idiomas la importancia del viejo Helesponto: la de Troya con sus héroes de juventud inextinguible y cuyas ruinas fueron halladas por Schlicmann en los alrededores de Hissalick; la de Jerjes contra Grecia cuatrocientos setenta años antes de Cristo, y la de Alejandro el Grande. Fueron los Dardanelos en la Edad Media teatro de disputas cruentas entre el Imperio de Bizancio y las Repúblicas de Génova, Pisa y Venecia. El primer tratado internacional sobre el régimen de los Estrechos remonta al 948 y entra casi al mismo tiempo en la vigencia y en el olvido. Antes y después de la toma de Constantinopla se encienden en el Egeo o junto al Mar de Már-

mara cien torneos navales que se disputan los pasos. Sin que sepan enteramente por qué ni para qué, caen por allí españoles de levante, de los de «o todo o nada». En la Crónica de Muntaner hay unas líneas sobre el encuentro de Roger de Flor y de Berenguer de Entenza en la corte de Constantinopla, en las que la extravagancia riza el rizo y nos corta el aliento. «Con esto al día siguiente, en presencia del emperador y en plena corte, el megaduque (Roger) se quitó de la cabeza el gorro del megaducado y lo puso en la de Berenguer de Entenza, y en seguida le dió el bastón, el sello y la señera de su oficio, de lo que todo el mundo quedó maravillado. Tan luego como esto se hubo cumplido, el emperador hizo sentar delante de todos a Fra Roger; dióle el bastón, el gorro, la señera y el sello del Imperio, y vistiéndole el traje correspondiente a su oficio, le hizo César.» La silla de César era allí medio palmo más baja que la de emperador. Las atribuciones del uno y del otro eran, por lo demás, las mismas hasta para disponer del tesoro. Esto no había sucedido en Constantinopla desde cuatrocientos cuarenta años antes, y no volvió a suceder. Pero ciñámonos al tema. Pedro el Grande codicia los Estrechos, como después Catalina, y los Alejandro, y los Nicolás, de quienes Stalin es albacea a su modo. Episodio de cierto bulto es el paso de la flota del almirante Elfinsin a través de los Dardanelos. Por la presión moscovita se logra el Convenio de Unkiar Skelessi, firmado por el Sultán y favorable al Imperio de los Zares. Pero la Gran Bretaña cohibe y veda entre síes amistosos a los emperadores de Rusia el dominio de los Estrechos. El juego de ir denegando lo que se otorga es viejísimo allende el Canal y dondequiera. Rusia se desvive años y años para desbaratar este veto, y el 70, durante la guerra francoalemana, la circular de Gostchakoff lo desbarata casi. En 1914 la travesía de los Dardanelos por el *Breslau* y el *Coben* y en febrero del 15 la expedición aliada remueven a fondo el problema. Ya en la postguerra la Gran Bretaña impone en Laussanne la libertad de paso para todas las flotas del mundo, en paz como en guerra, y desmilitariza a la vez las orillas de los Dardanelos. No tarda la Turquía de Attaturk, gracias a los protocolos de Montreux, en reartillar los Estrechos y en consentir o no a su arbitrio, o por lo menos «con-

forme al parecer y al criterio que dicten las circunstancias», el paso de barcos. Como antes Rufik Saydam, ahora Chukri Saradjoglu insiste en que el Gobierno de Angora no admitirá diálogo sobre los Dardanelos. La firmeza que Ismet Inonu ha heredado de Mustafá Kemal rige para los otomanos, pero no sabemos si también para los rusos. Calla Moscú como calla Angora, pero la neutralidad de Turquía sufre un cerco peligroso. Mustafá Kemal abolió prejuicios que en su país tenían pátina de bronce sacros. Fué rompiendo tablas de valores que eran legados y, en suma, bienes con vejez de siglos. Eliminó con demasiada premura principios que ahora, veinte años después, vuelven para vigorizar las conciencias. «Kemal» significa «perfecto», y Ghazi, victorioso, pero las victorias de la revolución suelen agostarse pronto. Imaginó Attaturk que cambiando las leyes de un pueblo se le cambian la condición y el destino a la vez que la naturaleza. Creía que al quitar a los suyos el «petché», el traje otomano, y el «chartchaff», que era el velo de las mujeres, les quitaba el repertorio de pudores íntimos. Les quitó asimismo el Corán, y quiso que el Derecho no fluyera más del libro que redactó el propio Mahoma. Lo de menos eran para él los dogmas o los preceptos morales con que millones de seres trascendían a un orden eterno. Attaturk separó en quince días el poder temporal del espiritual y dispuso que rigiera en Turquía un código moderno. En 1926, la Asamblea Nacional de Angora, sin debate, adoptó el Código suizo que data de 1912. Bastaron para esta operación de magia cinco minutos y un solo artículo de ley. En el orden temporal que es trasunto del orden de las esferas, el califato era allí la pieza irremplazable. La desmontó así y todo Attaturk, sin que el mundo musulmán se viniese abajo. Dejaba al príncipe de los creyentes fluctuando como una sombra entre cielo y tierra. Por si no bastaba, el gobernante impuso a Turquía alfabeto latino y calendario gregoriano... Temía, eso sí, que se arguyese que un pueblo sin antepasados no ha sido nunca ni será un gran pueblo. Hubo, pues, que buscarle abuelos con sangre más elaborada que la de esas tribus del Turkestan de que descende. Misiones arqueológicas perfectamente equipadas descubrieron entonces vestigios de la civilización de los hititas, a los que el

Viejo Testamento ya alude. Las hijas de los faraones de Egipto casaban con hititas para reencender con fulgores nuevos su sangre. Algunos monumentos en Anatolia acreditaron que estos hititas, antes de rebrotar de la cabeza del Ghazi, eran no tan sólo una casta, sino también una civilización. Quiso el estadista que los estudiosos remontaran la corriente del tiempo muy atrás, y consiguió que topasen con los sumerianos, que se hicieron pronto más ilustres que los hititas. Reclamó para sí esta ascendencia Attaturk, y la prez del país se hizo sumeriana. Existe desde entonces una voz que es «sumer» no solamente en la onomástica de la nación, sino en la toponimia. Hasta Bancos sumerianos hubo y aulas en la Universidad que anteponian esa voz a otras del latín o del griego.

En cuanto a la lengua turca, fué entregado a los lingüistas para que lo acrisolasen y lo devolvieran ya depurado de mixturas árabes o persas. Para decantar y filtrar el turco reconstrataban los filólogos no ya dialectos, sino jergas del Turkestán, y restablecían textos definitivamente borrados. Tradujeron a la lengua así renacionalizada el Corán y algunos libros litúrgicos. Ordenó Kemal que se publicase un Diccionario oficial del turco de la era nueva, y se han agotado varias ediciones en las que el pueblo aprende el idioma que los lingüistas le han refundido y remodelado. Ismet Inonu mantiene la obra del Ghazi; pero si la sirve, sirve también a su época, que cambia aprisa los decorados de la historia.

Aunque el futuro, como los tapices de alto lizo, se teje por el revés, algo se vislumbra en su trama. La suerte de la Turquía de 1944 está desde hace muy poco echada. La revolución de Attaturk no ampara ya a Ismet Inonu contra la fatalidad de la guerra. Por otra parte, esta revolución tiene sus disidentes en Turquía, donde, pese al Ghazi, no todos los súbditos son iguales. No hay que expiar en los hijos el pecado de ser hijos de nuestros padres, como rezaba la sentencia impía. Es, empero, inevitable que una generación revise los pareceres de la generación precedente. No, por otra parte, todos los turcos son iguales por el hecho pueril de que el fundador de la República aboliese en el Estado los títulos de Pachá, Bey, Efendi, Hadji-Aga y los otros que venían de un

pasado que nunca pasa del todo. Las opiniones, y las creencias, cuanto más altas ayudan más a la revisión política de las revoluciones. La guerra va a arrollar en fecha próxima la revolución de Attaturk, a la que el régimen de los Estrechos se subordina, hoy por hoy, menos que al avance ruso. La Asamblea Nacional Turca, el «Kamutay», para la que esta verdad es carne viva, prepara una sesión histórica. Quede aquí, sin grito de alarma, el pronóstico.

REGENCIA EN BULGARIA Y TESTAMENTOS POLÍTICOS.

Sueña eternidades en el monasterio de Rila el rey Boris que se le extinguió a Bulgaria en el estío de 1943. Con cinco palabras del salmo 114 se compone su epitafio: «Humiliatus sum et liberavit me.» «Fuí humillado y Él me salvó.» Fué ciertamente humillado por la fuerza del sino y por las paces precarias. De otro rey habría aprendido a quemar basura en el corazón y a extraer de heces amargas los mejores tónicos. La razón de Estado le hizo ortodoxo, pero Boris III tenía el catolicismo en la sangre. Católicos eran sus padres y sus abuelos; católica y romana, por su cuna, la reina; católicos su hermano, el príncipe de Preslav, y sus hermanas Eudoxia y Nadejda Clementina. Es, pues, justo imaginar que Boris III espera la resurrección de la carne y conforta sus soledades de Rila con preces de nuestro Credo. Pero ¿por qué se alude justamente estos días a su testamento político? ¿Qué testamento es ése, y dónde está y qué se dispone en él? Data de siempre la costumbre de atribuir últimas voluntades de orden político a los reyes. En cuáles fucsen las de algunos Austrias, entre nosotros, o las de Luis XIV, el gran Federico, María Teresa o Eduardo VII, no están de acuerdo los historiadores. El acontecer en los pueblos no se deja modelar como arcilla dócil por voluntades que han blandido el cetro al ver venir a la muerte.

A un estadista de ochenta años, conservador redomadísimo, le confesaba, una vez, su nieto, estudiante con nosotros hacia 1910:

—Sentiría contrariarte, abuelo; pero yo no sé simular ni

disimular. No soy de tu partido, y no lo soy porque tengo ideas disolventes.

—Haces bien —replicó el político, cuya sonrisa vemos aún—, haces bien cuando declaras tus ideas disolventes, pero la sociedad es menos soluble de lo que tú crees.

La materia, en el orden político, resiste y no hay testamentos de soberanos que la dobleguen. Cuarenta y seis años, ni uno más, han transcurrido desde que Turquía y las grandes potencias reconocieron como Estado independiente a Bulgaria. En mayo de 1913 este pueblo, regido por un príncipe vienes, Fernando, hijo de Augusto de Sajonia Coburgo Gotha y de Clementina de Orleáns, adquiría Macedonia y la Tracia occidental con Andrinópolis por la Paz de Londres. Cuarenta y dos días después, por otra Paz, la de Bucarest, perdía Macedonia y además la Dobrudja, y semanas más tarde, por la Paz de Constantinopla, Andrinópolis, la ciudad turca sobre el Maritza, tributario del mar Egeo en el Mediterráneo oriental. La fortuna hace girar allí su rueda presurosamente, y tiene de bueno que desencanta pronto. En 1915 anexionó Bulgaria la margen derecha del Maritza, que es el río bautismal del país («chumi Marica okarvavena» se cantó en el himno nacional, o sea «zumba el Maritza, rojo de sangre»). Sobrevino en 1919 otra Paz malhadada, la de Neuilly, y Bulgaria tuvo que ceder a Grecia la Tracia occidental, y al Reino de serbios, croatas y eslovenos, Strumitza y zonas de frontera en el valle de Timok y cerco de Zaribrod.

En 1918 abdicaba el rey Fernando en su hijo Boris III, que ha sabido rescatar territorios que se van a perder. Más voluble que el viento que zumba sobre el Maritza es la suerte para los reyes búlgaros. No hay voluntad que la cambie, y es mejor que ese testamento político de Boris III no aparezca. Testamentos para los siglos y para las generaciones de Europa han sido otorgados, eso sí, por los grandes de la tierra, pero abiertamente, para que se difundan y den la vuelta al mundo. En su testamento Napoleón confiesa que su gloria no estriba en cuarenta victorias ni en el hecho de haber subyugado tantos tronos. Waterlóo borra el recuerdo de las grandes batallas porque el último acto hace olvidar el primero. ¿Qué es lo que dura entonces de la grandeza del corso? El lo dice: su

Código civil, las Actas de los Consejos de Estado, su correspondencia con sus ministros. Los tesoros de Bonaparte son el puerto de Amberes o el de Flesinga, en los que caben las primeras escuadras de entonces, como también el de Cherburgo, y las obras hidráulicas de Dunkerque, el Havre y Niza, y las marítimas de Venecia; las carreteras de Amberes a Amsterdam, de Maguncia a Metz, de Burdeos a Bayona; los pasos del Simplón, del Mont Cenis, del Mont Genève y de la Corniche, que abren los Alpes en cuatro direcciones y superan en ambición a todos los trabajos de los romanos; los caminos de los Pirineos a los Alpes, de Parma a Spezia, de Saiona al Piamonte; los puentes de Jena, de Austerlitz, de las Artes, de Sevres, de Tours, de Roanne, de Lyon, de Turin, del Isère, del Durance, de Burdeos, de Rouen; el canal que une el Rhin con el Ródano; la desecación de los pantanos del Burgoin, del Cotentin, de Rochefort; las iglesias restauradas..., y el Louvre, y las traídas de aguas, y los alcantarillados, y los muelles y los monumentos de ese París que es medida y es gracia para el orbe, y además las cuatrocientas fábricas de azúcar de remolacha y los sesenta millones en diamantes de la Corona, y el fomento de la agricultura, y la institución de las carreras de caballos y cien obras más que el testamento enumera. El cual es una lección que les es a todas las naciones tan útil como a Francia, hoy no menos que ayer y mañana no menos que hoy. Pero otros testamentos que se llaman políticos y se dirigen a naciones que, aunque con historia, deben su acta de fundación a los tratados, ¿a quién y sobre todo en qué aleccionan? En ellas no hay, ni ha habido ni habrá cordura política que le eche lazos corredizos al vendaval de hierro y de sangre que lo arrasa todo. Que no arrase al menos Rila, donde sueña eternidades Boris III, mientras el Consejo de Regencia de Bulgaria, en el que están el príncipe Cirilo, hermano del rey difunto, el presidente del Consejo y el ministro de la Guerra, educa al rey niño Simeón II en el culto legendario de los héroes.

YUGOSLAVIA Y EL PACTO CON EL MARISCAL TITO.

«El guerrillero, ese utopista a caballo...» Hallamos la expresión que nos choca en un diario alemán. El utopista lo es no porque planea ciudades en el Sol o en la Luna, sino porque disiente del Universo. En Campanella o en Tomás Moro la objeción al orden viejo es un boletín de victoria que redactan día a día. El liberal, nieto del utopista, de quien hereda el corazón clemente, entra en la historia blandiendo objeciones contra la potestad del Rey o la del Concilio. Sin ellas el derecho de gentes no habría nacido en la ciudad de Dios ni en las Repúblicas populares. Disentir es preciso y mudar la piel del alma cada siete años. (No se piensa después de todo sino sitiando nuestras posiciones más íntimas hasta que se nos entreguen.) La política para Maquiavelo es el arte de ayudar a la inercia de la historia. A tal inercia el liberal opone su ultimátum y se bate contra los poderes coronados o tiarados. Pero disentir no basta, ni mucho menos, ni cabe en un grito una doctrina. El liberalismo nace de algo más que del descontento que es propio de toda criatura bien nacida. Bajo la boina de Tomás Moro, la frente febril se ha cuartado. Mucho más tarde ha caído tiempo insidioso sobre las concepciones de Jeremías Bentham o de Gladstone. El primer mandamiento de la política inglesa será años y años contemporizar. No son por cierto los utopistas, ni sus nietos los liberales, los que más resisten al pacto que se llama allí «compromiso». Nos choca, pues, la expresión «utopista a caballo» aplicada al guerrillero, con más adustez que espíritu de burla. Aquí le hemos llamado brigante, aunque ayudándole en secreto a cebar el tabuco. Lo diremos todo, y es que hay rincones en nuestra historia en que es lícito compartir el pan y la lumbré con esa gente. En la guerra de la Independencia los guerrilleros se llaman Juan Martín, Espoz y Mina, Sánchez, Jáuregui o Merino. Oliveira Martins, en su *Historia de la civilización ibérica*, escribe: «La guerra tomó un carácter primitivo, y los batallones imperiales retrocedieron medrosos ante esas terribles guerrillas que hacían de cada roca un baluarte, de cada angostura una celada; de los pozos, sepulcros, y de las calles, cementerios.»

Grandes servicios debe la Independencia al Empecinado, y no se diga a Espoz y Mina, que dirige acciones como las de Arlabán, Sanguesa y Mañeru y tiene a raya a generales como Dorsenne o Claussel, Harispe o Caffarelli. De los guerrilleros de entonces, unos, como Espoz y Mina, acaban llenos de honores; a otros, como a su sobrino Javier, se les fusila o, como al Empecinado, se les ahorca; pero ese es otro cantar. El Gobierno yugoeslavo que actúa en la emigración nombra de pronto a Tito jefe supremo de las fuerzas de la nación que fué de servios, croatas y eslovenos. No es aquí donde más sorprende que un guerrillero llegue a mariscal, o un almogávar a megaduque o a César. Asistimos con interés, pero sin pasmo, a la reconciliación del Gobierno desterrado con el Comité que Tito preside. Este jefe militar y Subasic han firmado un convenio de cinco puntos que rige ya y obliga a todos.

Primer punto. Formarán en el Gobierno de Yugoslavia elementos que no hayan participado ni directa ni indirectamente en las hostilidades contra la resistencia. Es entre los «maquis» de Francia donde esta voz «resistencia» contrae elasticidad y temple nuevo. No dice Yugoslavia resistencia, sino liberación nacional, y con este banderín se hacen las levas. El Gobierno se compromete ahora a regularizar la recluta y a proveer a los que combaten de víveres y de armamentos. Va el Gobierno asimismo a reorganizar las representaciones yugoeslavas en el extranjero. Tramita ya cerca de las potencias aliadas el reconocimiento de las Comisiones internacionales que la nación rescatada mantendrá el día de mañana en las Conferencias de la Paz.

Punto segundo. Planean el Gobierno y el Comité el Estatuto que dote a Yugoslavia de órganos de poder que faciliten la resistencia y eliminen toda dualidad en las autoridades y en el mando.

Tercero. Aplazan las partes contratantes la elucidación del futuro de la Monarquía y de la casa reinante de los Karageorgevitch, de la que es autor un héroe, Jorge Petrovitch, que liberta a su patria del yugo otomano en los primeros días del siglo XIX y es alzado sobre el pavés a «gospodar» de Servia. Queda diferida también toda resolución sobre la persona del rey Pedro II y la del príncipe Pablo, regente que casó en 1923

con Olga, princesa de Grecia y de Dinamarca, de la que tiene tres hijos.

Cuando termine la liberación será el pueblo el que resuelva sobre la organización futura del Estado.

Cuarto. El Gobierno del doctor Subasic reconoce las aspiraciones democráticas del pueblo yugoeslavo y jura respetarlas. Se obliga también a instituir federalmente la comunidad de serbios, croatas y eslovenos, que desde ahora será administrada por el Comité de Liberación como órgano ejecutivo hasta que al Gobierno le sea posible establecerse en el territorio nacional. El Gobierno reconoce como único Ejército al del mariscal Tito, y después de condenar las actividades de los que directa o indirectamente han cooperado con los alemanes, confiere a Tito el grado de comandante en jefe de todas las fuerzas armadas.

Quinto. El mariscal Tito jura informar a sus fuerzas del convenio que ha estipulado con el Gobierno real de Yugoslavia y abstenerse de plantear la cuestión del futuro de la Monarquía en tanto la guerra no haya concluído.

Estas concesiones mutuas cambian el destino de la nación yugoeslava que lucha por su tierra y sus muertos. Dos son los hechos más significativos. Tito declina sus poderes en el Gobierno restringido que se establece en Londres y que pronto se trasladará al Cairo. Por su parte, el doctor Subasic acata la autoridad de Tito como único actuante mientras la guerra dure. El primer encuentro entre los dos jefes en territorio dominado por las fuerzas de liberación ha sido muy cordial.

La voz «guerrilla» es española y pasa juntamente con «pronunciamiento» a otros idiomas. Aclimata en ellos también estos años «quinta columna». Son tres voces que circulan con nuestro cuño como «camarilla» o como «toreador». (A nuestro Séneca se le ha llamado «toreador de la virtud», y hay que convenir en que su toreo es de «largas lagartijeras».) Los españoles —decía Amiel— nos dan la voz «nada», que es más honda que el «nihil», y sin equivalencia, desde luego. Damos también la palabra «desesperar» y otras que nacen de pasión más que de razón o de cordura. La «pasión» contrae en nuestro idioma una violencia muy genuina. «Cordura», en cambio, dice entre nosotros menos que «sagesse»

entre los compatriotas de Montaigne, o que «Wisdom» entre los ingleses, o «Klugheit» entre los alemanos, y aun que «seny» entre los que hablan la lengua de Lulio y de Bernat Metge. En España nace la voz «guerrilla», como también la primera partida de tiradores con su juego elástico de celadas y de ardides. No se entiende quizá por eso mismo la frase de que el guerrillero es un utopista a caballo. En la utopía, por otra parte, hay su realismo. Leyendo *La Utopía* de Tomás Moro advertimos que es una isla como la Gran Bretaña, y se divide en cuarenta y cuatro ciudades como la Gran Bretaña en cuarenta y cuatro condados. Se paga, como ella, de su aislamiento, y corta el istmo que la unía al continente. El túnel submarino sería imposible en la isla de Tomás Moro. Sus moradores — observó Dermenghen — son marinos, colonizadores, comerciantes; en suma, ingleses. No es improbable que replique alguno: «Pero si «Utopía» está en un «finisterrae» más allá de los horizontes usados. Es una de las Islas Afortunadas, quizá vecinas de los Campos Elíseos.» A quien replique así, los ingleses le interrumpirán: «¿Juego se trata de Inglaterra. Utopista a caballo o no.» Tito pasa de brigante a mariscal y canoblece por días su figura... Pero en Yugoslavia hay mucho que bregar aún; en Yugoslavia, y ¿dónde no?

LA CRISIS DEL JAPÓN Y LA GUERRA DEL PACÍFICO.

Más que el desembarco de fuerzas norteamericanas en las islas Salomón, en las Gilbert o en las Marshall, consterna en Tokio el desembarco en Saipán. Mas aun que la ocupación de este territorio consternará en fecha próxima la ocupación del archipiélago de Bonin. El Almirante Nimitz ha dicho secamente: «Muy pronto las Marianas serán nuestras» Hasta 1899, en que se vendieron a Alemania, eran españolas, como los arrecifes de coral de las Carolinas y las Palaos que años después, juntamente con otras de la Micronesia, las Marshall, fueron adjudicadas al Japón por la Sociedad de las Naciones, que aunque se canta a sí misma exequias se propone resucitar antes de morir. De este grupo de islas, una sólo, la de Guam, quedó en poder de los norteamericanos, hasta que los japone-

ses la hicieron suya en esta guerra. Estos días los norteamericanos las bombardean tenazmente como a la isla de Yap y a la de Truc, que es gran base en las Carolinas. La borrarca de hierro zumba a estas horas sobre la isla Chichi-Jima, a 180 millas de las costas de Osaka. Llegan hasta allí no tan sólo tetramotores, sino cruceros, como el parte japonés reconoce hoy, dos días después de la crisis que ha dado en tierra con Tojo. A más que a Chichi-Jima se atreven ya las fuerzas norteamericanas, que están preparando el cerco del Japón sin intermitencia, aunque sin prisa. Ya superfortalezas volantes, que despegan en las bases americanas de China, han atacado en la isla de Ryushu, al sur, las factorías de Yowata y de Tobato, en las que se funden aceros para industrias de guerra. Las bases norteamericanas de China son para el mando japonés una obsesión. Están en la provincia de Kiangski, sobre la que avanzan en maniobra envolvente los nipones. «Aislad Kiangski —se les ha ordenado—, extinguid sus fuegos, pero sobre todo envolved las bases.» Aunque China resiste no cuenta allí con divisiones ni con carros. Si Kiangski no se deja aislar las bases norteamericanas pueden ser altamente peligrosas para la metrópoli del Imperio de Hirohito. Las fuerzas niponas que parten de Hunau no se detienen en su marcha hacia el Sur, siguiendo casi la línea del ferrocarril de Changsho a Hong-Kong. Si se unen con las que partiendo de Cantón van hacia el Norte, pueden darse por perdidas las bases que en Kiangski cede Chiang-Kai-Chek a los americanos. Pero aunque operan los nipones aprisa la maniobra exige tiempo. Más que Kiangski interesa en todo caso a Norteamérica la posesión de esta gran cadena de islas rocosas de Bonin. A la caída de Saipán, seguirá fatalmente la caída de las Bonin, y con bases para fortalezas volantes en este archipiélago, la aviación norteamericana puede seguir bombardeando ciudades en la metrópoli del Imperio del Sol Naciente. Se comprende, pues, que la pérdida de Saipán originase la crisis del gabinete de Tojo. La marina nipona no se resolvió a poner en juego unidades a las que reserva un más alto destino. La situación militar en el Pacífico es para el mando japonés inquietante y Tojo deja de gobernar y pasa a la reserva. ¿Un preludio de harakiri? No tanto, pero su actitud es patética. A fines del 42

se constituía en Tokio el Ministerio japonés de Asuntos de la Gran Asia. Se quiso que asumiese la dirección de este departamento un ministro sin cartera del Gobierno precedente Razuo Aoki y fué segundo de a bordo Kumaichi Yamamoto. De la Gran Asia que agrupa el Japón parte de China y el Manchukuo con territorios del Sur habló entonces Tojo. La hegemonía del Imperio de Hirohito, del «Teikoku» no funda sus cartas de legitimidad en ningún linaje de irredentivismo que se autorice en el pasado. El Gobierno de Tokio anexiona tierras que se propone regir para la mayor grabeza del continete.

El hecho de armas alega por sí más que el derecho histórico, que ni Tojo, ni Kazuo Aoki, ni Kimaichi Yamamoto enunciaban. Pero Japón está jugando sus misiones, en el campo de batalla, y si hoy es pronto, mañana puede ser tarde. La guerra sin la victoria, aminoraría el Japón para medio siglo. Se parte, sí, en Tokio, para instituir un orden nuevo en Asia, del hecho de la comunidad de intereses continentales. Hoy se hace la guerra con ejércitos y con obreros, que una vez consolidadas las conquistas, reconstruyen ferrocarriles, fábricas o puentes, a la vez que alumbran la vena de agua o hacen resurgir con las labores del campo, el telar o la forja, el puerto o el camino. Mientras los obreros reparan los daños de la guerra, los hombres de Derecho, que siguen también a las armas, van organizando la vida conforme a norma y ley. Tokio se anticipa a la labor futura, porque gobernar es prevenir y planea la estructura social que ha de salir de la guerra. Pero ya en 1942 Tojo no abdica el pesimismo creador y pide a su pueblo que se endurezca para batallas difíciles. Ellas han venido, y con ellas los contratiempos en las islas de Salomón, de Gilbert, de Marshall y de Saipán, a los que van a seguir otros mayores en el archipiélago de Bonin. ¿Compartirá Kuniak Koiso el pesimismo creador de Tojo, a quien sucede? En sus primeras declaraciones, Koiso ha anunciado que mantendrá relaciones amistosas con la Unión Soviética, y relaciones muy cordiales, como hasta ahora, con el Reich. Esta doble amistad es clave para entender el futuro del Extremo Oriente. Recordaba hace poco uno de nuestros cronistas internacionales de más clarividencia, Romano, que Rusia prefiere la vecindad del Japón en el Pacífico a la vecindad de los Estados Unidos,

con los que mantiene, sin embargo, alianza. ¿Por qué? Romano, para quien la imaginación es la luz de las cosas (y la sal mundo), osaba afirmar que el estrecho de Bering es el punto más estratégico del globo, más aún que el canal de Panamá. «La Península de Alaska, con la carretera recientemente construída y la serie de bases navales y aéreas de las islas Aleutinas, representa para la Rusia Asiática una seria amenaza en el caso de que no se resigne (después de la guerra) a que los Estados Unidos sean los principales proveedores y aliados de China. El tendón de Aquiles del Imperio ruso está en el Pacífico.»

El nuevo Ministerio, cuyas primeras palabras son de amistad para Rusia, ha quedado constituído así:

Primer ministro, general Koiso; Asuntos Exteriores, Mamoru Shigemitsu; Marina, almirante Yonai; Guerra, general Sugiyama; Interior, Shigbo Odachi; Hacienda, Sotaro Ishiwata; Municiones, Ginjiro Fujiwaba; Transportes, Yonezo Macda; Agricultura y Comercio, Toshiro Shimada; Justicia, Hiromasa Matsuzaka; Educación, Marishige Ninomiya; Previsión Social, Nistada Hirose; ministros sin cartera, Chuji Machida, Nidea Kodama y Takojora Ogata.

«Nuestra guerra —ha dicho el presidente del Consejo, general Koiso— es guerra santa, y, al serlo, es justo que movilice todas las fuerzas morales y materiales de la nación. Obedecemos al «Taiva», o sea al principio de la gran armonía que nos une a la familia nacional con el Emperador y con las instituciones, cuya antigüedad, que es de veintiséis siglos, nos preserva de corrupción y de muerte.» Pero al igual que Tojo, pide Koiso, y con él el almirante Yonai, ministro de la Marina, que la antigüedad de las instituciones sea ayudada por la fuerza de las armas, segura de sí y multiplicada por el sacrificio. Y se podría agregar, como en la fórmula de la monarquía aragonesa: «¡Y si no, no; y si no, no!»

DESPUÉS DE LA CONJURA MILITAR DE ALEMANIA.

Sechs waren die soldaten
und einer war der Tod...

(KLARIN.)

Hay canciones que dejan sabor de tierra natal en la boca. La de Klachn, el poeta de Kiel, es de esas. Era siete camaradas: seis soldados, y un séptimo la Muerte. Partían el pan y el vino y la brega en los combates. La Muerte les ofrecía en ocasiones su vaso lleno de sombra. Cinco bebieron de él en las batallas de Flandes, y los cinco han bajado a la tierra. Y la Muerte llama al sexto, y, los ojos en los ojos, le dice: «Nada te ofrezco a ti, porque eres el que queda para cantar a tus camaradas.»

Un pueblo que muere y que canta así, es un pueblo nacido para la grandeza. Sigamos, pues, con pesar el duelo que desgarró al Reich estos días. El mundo asiste con ansiedad a las reacciones de Alemania después del atentado contra el Führer y de la conjura férreamente aplastada. Consideremos quiénes son los confabulados contra Hitler y contra el partido nacionalsocialista. Un general del viejo régimen dirigía la trama. No es difícil caracterizar a este hombre, que amó en todo tiempo los privilegios de su casta. Se atenía a sus principios inderogables para él y a unas reglas codificadas rígidamente por sus mayores. Añadamos que nunca abdicó los prejuicios de la sangre, que eran para él patrimonio. Y no a prejuicios, sino a manías y a repulsiones propias de su casta se había dado sin reserva. Pertenecía más que a la carrera, a la jerarquía de las armas, a la que sólo los elegidos tienen acceso. Supuso von Beck que esta situación de ventaja se legitima con deberes difíciles que no todos pueden asumir. Él los tomó sobre sí desde que fué admitido en el Estado Mayor del Kromprinz, que mandaba el conde de Schulenburg. Pudo von Beck asistir a los sucesos de Spá y al choque de Schulenburg con los militares que pedían la abdicación del Kaiser. Von Beck creía, como creyó después, que las prerrogativas reales son presentes del cielo que no admiten renuncia. Convengamos en que los doctrinales del honor de las armas, en los que el

culto a la realeza es el primer mandamiento, no rigen ya. Cosas noblemente rígidas entonces, se han trocado en yertas. En el tiempo que mediaba entre las dos guerras, sirvió von Beck al resurgimiento del poderío militar que Versalles había despiadadamente menguado. Estuvo en guarniciones de Munster y de Dresde, y después de promovido a jefe de Estado Mayor, mandó el quinto regimiento de artillería de Ulm. Fué después destinado a sustituir a von Fritsch en la jefatura de la primera división de caballería de Francfort, sobre el Oder. Von Fritsch encarnaba más aún que von Beck la soberbia nobiliaria de los grandes jefes. En él, junto al repertorio de prejuicios, se erizó el repertorio de náuseas. Una de las divisas que hizo suyas reza así: «Ni miento ni me arrepiento.» Creía a la letra en el origen divino del mando, y no concebía que la dignidad de un Estado no consista, ante todo, en la dignidad de su Ejército. «Las instituciones alemanas —decía— no tienen más cimientos que la tradición, en la que la gloria militar es la argamasa.»

Un hombre así no era el más apto para entender la doctrina del nacionalsocialismo, elaborada sobre los dolores y las necesidades de un pueblo que también se salva o se condena en la historia y antepone no menos que los Junkers el decoro a la vida. No se avino con su rigidez von Fritsch, a que la Providencia suscitase para salvar a Alemania de su derrota y de sus reveses a un hombre como Hítler y a un partido cuya doctrina ha sido ante todo cura de urgencia. El Führer, al triunfar, apartó de los puestos de influencia al general del viejo régimen, que no recataba sus aversiones. Es sabido que el general von Fritsch cayó en la campaña de Polonia y que el Führer supo olvidarse del enemigo para enaltecer al héroe. Heredó von Beck de von Fritsch, a cuyas órdenes había sido jefe del Estado Mayor General, principios, reglas de conducta, disparidades, manías y odios. Ya había heredado también disposiciones análogas de otro jefe y amigo: el general von Schleicher, muerto a balazos el día de San Marcial de 1934. ¿Quién no ve todo lo que había en la conjura? ¿Cuántos han seguido a von Beck en el complot y en la suerte póstuma? Nos faltan datos, pero la intervención del coronel conde Stauffenberg ha parecido significativa a mu-

chos. En su alocución por la radio el Führer dijo: «La bomba que fué colocada por el coronel conde de Stauffenberg ha hecho explosión a dos metros de distancia a mi derecha. Hirió gravemente a cierto número de colaboradores que me son queridos y de los cuales uno ha muerto. Yo personalmente estoy indemne, con la excepción de algunas contusiones y quemaduras insignificantes del todo. Veo en ello una confirmación de que entre los designios de la Providencia está el de que yo cumpla, como hasta ahora, las misiones que me han sido encomendadas.»

Del hombre de Estado, enseña una de las definiciones clásicas, que es la voz elegida para la publicación del bien. Del poeta, en cuanto ser clarividente, se nos precisa en latín, que es el raudal de entusiasmo. Conductor de pueblos es Hitler, que posee entre sus dones el de vaticinio. Puede asegurarse que el Führer comunica a un tiempo a los suyos rectitud y entusiasmo. Es un alemán que ha tocado su dialéctica con eso que la música tiene de irrefutable. Francia se ha dicho no está sino es, como Alemania no es sino está. La nación de Descartes —escribe Curtius— es un sólido; la nación de Hegel, un flúido. Alemania experimenta el pesar de conocerse y rehusa, sobre todo, el definirse. No se prohíbe «el día siguiente» ni renuncia a sus posibilidades. No ama los límites, que en Roma son, como los lares, pequeños dioses. No se deja apresar en postulados ni en sentencias de contorno neto. Ha imaginado siempre, e imagina aún, que el sistema es algo que sigue al enfriamiento del alma. Pospone por eso la doctrina al entusiasmo que la engendra, y la certidumbre a la fe sin palabras. Pide al momento que fluya y no cristalice, y no acepta el destino en tanto no se debata voluntariosamente con él. Los franceses, como nosotros, miran las cosas bajo la categoría del ser, «sub especie eternitatis», mientras Alemania las considera bajo el ángulo del *feri*, del relativo, del devenir. El pasado para las naciones latinas no es jamás pasado, pues lo tenemos por cosa presente. Todo lo que ha existido antes se puede rescatar en la conciencia contemporánea: no hay «tiempo perdido». Por el contrario, el pensamiento germánico es siempre eventualidad de algo que no es, sino que deviene y se crea. Sí, la vida es allí un torrente, una oleada de meta-

morfosis, y nada existe de permanente en la huída sino las leyes mismas de la movilidad. El genio alemán no ha elegido fortuitamente como dominio el mundo de lo que huye y del alumbramiento sin fin de los temas que se esbozan y se pierden, se hacen y se deshacen; de las formas infinitamente maleables y transformables, o sea el dominio de la música. ¿Quién que siendo latino no contraste su «forma mentis» con la «forma mentis» alemana, podrá explicarse lo que allí, dentro siempre de la aptitud para la grandeza, ocurre? Pero volvamos al punto de partida para recordar que después del atentado, Hítler, con Goering, Himmler, Goebels, Keitel y Doemitz, pudo dominar los acontecimientos valiéndose de comunicaciones telefónicas. La prensa ha informado suficientemente sobre lo demás. Osemos por nuestra parte dos preguntas, no por cierto diáfanas. ¿Cómo los militares no de carrera, sino de casta, casi de clausura, acogerán la jefatura de Himmler, que es nacionalsocialista ante todo? ¿Dónde va a jugarse el destino del Reich, en el Este o en el Oeste? Quiera Dios que Alemania elija la mejor de las partes y que los combatientes conozcan con honor y con la alegría posible horas de tregua. Que sea en el hogar, con los padres al lado o con hijos sobre las rodillas, donde canten sin odio:

«Wir waren sieben Männer.»

Eramos siete camaradas...

MIRADA A LOS FRENTES.

Cuatro son los santos ecuestres del santoral: San Jorge, San Martín, San Pablo y Santiago, nuestro patrón, al que nos acogemos desde Clavijo a las gestas de los Andes. Hemos dicho que tres son los tiempos de la elegancia española: el de estar a caballo, el de estar de hinojos y el de decirle a la Muerte, ¡vámonos! Hoy, 25 de julio, nadie en Europa hace el gesto de descabalar. Miremos en este día en que cerramos nuestras notas el mapa de la guerra del Este. Las fuerzas rojas han alcanzado la línea Siedlice, Lublín, Jaroslau. La primera y la última de estas ciudades han sido evacuadas

por los alemanes. En la de Lublín los rusos combaten contra la guarnición desbordada. Siedlice es, con Lublín, una de los puntos de cobertura de Varsovia, y Jaroslau, a 95 kilómetros al oeste de Lemberg, la puerta que se abre sobre Cracovia, la segunda capital polaca. Atacan ya Lemberg las tropas de Konier, no ya los bastiones de la ciudadela, sino en las calles los últimos parapetos. Tres grandes amores ha conocido la ciudad: el de los rusos desde Pedro el Grande, el de los polacos y el de los súbditos de la monarquía habsburguesa del A. E. I. O. U. (Austriacorum Est imperare omnia universo). Carlos XII la rondó asimismo hasta tomarla tras de vencer a Augusto II de Polonia-Rusa en 1704; los alemanes la reconquistaron en 1705. A dos grandes nombres va asociada Lemberg: el de Hindenburg y el de Ludendorff. Hindenburg prusiano es el salvador de la Prusia Oriental, invadida por los rusos al principio de la guerra. Se hace querer de tal modo que se erigen estatuas colosales de madera en las que el gran soldado lleva en hombros, como San Cristóbalón, el porvenir de su patria. En las estatuas miles de alemanes van metiendo clavos para que la suerte les sonría. Rito extraño este que entonces gusta a todos. Hindenburg en agosto de 1914, cuando frisa en los setenta, es nombrado jefe supremo del Ejército. Es una columna de autoridad y de calma en que se apoya el tiempo. El mariscal es autoritario hasta con su emperador, del que escribe: «Su Majestad se contentaba con oírme, y no recuerdo haberle oído una objeción.» Alter ego de Hindenburg es el jefe de su Estado Mayor; el estratega, Ludendorff. Guillermo II le dice que tiene facha de sargento mayor, y el general contesta: «Como el gran Federico.» Manda en la Academia Militar, en el frente del Este y en la coalición germánica. «Usted es mi doble.» Este es un elogio del mariscal, al que Ludendorff contesta: «Usted, que lo tiene todo, quiere además tenerlo dos veces. Es demasiado.» Al nombre de Lemberg van asociadas estas dos figuras, en las que pensamos hoy que la ciudad vuelve a ser rusa.

Siete ejércitos golpean el frente oriental, cuya longitud no baja de los 1.300 kilómetros: En Ucrania el del mariscal Konier; en el primer frente de la Rusia Blanca, el del mariscal Rokossowski; en el segundo, el del coronel Zakaroff; el

tercero, el del mariscal Cherniakowski; en el primer frente del Báltico, el del general Bragrámyan; en el segundo, el del mariscal Yemerenko, y en el tercero, el del coronel Massienikof. Mariscales, como se ve, en la Rusia soviética abundan, y hacen pensar en un segundo bonapartismo que se inhiba en la lucha de clases. Napoleón hace veinticinco mariscales, a los que confiere además títulos de príncipes y duques que se ostentan hoy todavía. A Murat, gran duque de Berg y de Cléves, le regala además la corona de Nápoles, aunque años después le fusila; a Bernadotte, príncipe de Montecorvo, le eleva a príncipe real de Suecia y consigue que sea adoptado por el rey Carlos XIII, de la casa de Holstein Gottorp, a quien el de Pau sucede. Rey de Suecia sigue siendo, y además de godos y de vendas, su último sucesor, Gustavo V, con sangre de los Nassau y otras además de la bearnesa, como fué rey su padre Oscar II y lo será su hijo Oscar Federico, en quien actúa un injerto de la sangre alemana de los Baden. ¿Llegarán los mariscales rusos a constituir andando el tiempo una aristocracia? Puede ser, porque el deseo de excelencia y de honores, mucho más fuerte que la doctrina, vive en lo hondo de la condición humana. «Basta vivir —reza un proverbio— para verlo todo y, lo contrario, de todo.» Detrás del frente oriental, cada día más próximo a Europa, se amasan el Señor sólo sabe qué transformaciones. La guerra es la gran levadura y el gran fermento.

Miramos hoy, día de Santiago, para rematar esta crónica, el mapa del Este. ¿A la caída de Lemberg seguirán la de Brest Litowski, la ciudad de las treguas germanobolcheviques de marzo del 18, y la de Varsovia? Radio Moscú ha difundido una proclama del nuevo Comité Polaco de Liberación Nacional, en la que recusa al de Londres, compuesto, según el de Rusia, por usurpadores. El nuevo Comité toma sobre sí la administración civil de las regiones liberadas de Polonia. Forman parte de él Wande Vasilevsko, Witos, el general Rola Zelenski, designado para comandante jefe por el Consejo Nacional de Polonia en febrero de 1944; el general Berling y el doctor Boleslao Drobner, a quien se siguió en 1938 un proceso ruidoso por crímenes contra el Estado. El Comité Polaco de Liberación Nacional que actúa en Londres des-

autoriza a su vez al ruso y desacata desde ahora sus acuerdos. Es pronto ciertamente para prometer a Polonia, como promete el Comité polaco de Rusia, los antiguos territorios de Pomerania, Silesia y Prusia Oriental con salidas al Báltico. Los siete ejércitos, indiferentes por ahora a estos litigios, se limitan a avanzar. En las zonas del Norte las fuerzas rojas operan en las cercanías de Byalistok y han encontrado gran oposición en los sectores de Grodno, Olita y Augustov. Los combatientes alemanes han cambiado con los rusos el primer tiroteo en la Prusia Oriental. Por Kaunas las fuerzas rojas avanzan luego de ocupar Poneresch, y se aproximan a Schaulen para cortar el ferrocarril Riga-Tilsit y la línea Kaunas-Libau, que se cruzan allí. Los periódicos más circunspectos de Berlín escriben entre tanto que las operaciones de Normandía son más apasionantes que las del Este. Nos está vedado interpretar este parecer. A nosotros nos es difícil no compartirlo, sino simplemente comprenderlo.

En Normandía, los anglosajones pelean al este y al sur de Caen, hacia Lisieux y Falaise, y los norteamericanos, firmes en Saint-Lo, esperan órdenes. En Italia, los franceses que combaten en la carretera de Poggiboni a Florencia están a 14 kilómetros de la ciudad del león y los lirios. Más que un baluarte con cien cubos y que diez mil bocas de fuego ampara a la ciudad su propia belleza. Ni una bomba ha de caer sobre los puentes de Florencia, ni sobre sus colinas con cipreses, ni sobre los palacios, que son dignidad y gracia, ni sobre las galerías ni los templos. Siglos ha iban por la misma ruta los franceses de Carlos VIII, a quien Florencia desarmó sin más que mostrarse. Franceses iban por Poggiboni a las bodas de Catalina de Médicis con Enrique II de Francia, y setenta años después a las de María con Enrique IV. Lo de Bonaparte erigiendo la Toscana en reino de Etruria para dárselo al duque de Parma, fué menos amistoso. Pero no se da ni se quita Florencia ni entre florentinos que viven junto al Arno desde hace quinientos años. Estos no han alcanzado con todo la Florencia viejísima de la que el propio Dante tuvo noticias en el Paraíso y que no es la que le desterró:

«Fiorenza dentro de la cerchia antica
 ond'ella taglie ancora e terza e nona
 si stava in pace sobria e pudica.»

Se entrará, creemos, incruentamente en Florencia, y así debe ser. Más allá los alemanes sí defenderán con la mayor dureza los Apeninos Etruscos y la zona continental, que es un glacis para Alemania.

Los franceses que avanzan hacia Florencia y otros que cooperan con los aliados en Argel, en los «maquis» a orillas del Sena, van a recibir consignas importantes. De un momento a otro pedirá De Gaulle a la Asamblea Consultiva que se pronuncie sobre la política de liberación de Francia. Vuelve el general de Londres y de Wáshington con el fuero que venía recabando en negociaciones laboriosas. Abandona, desde luego, Argel para instalar los mandos en Francia. Ha sonado, según él, la hora de las grandes decisiones. Quisiéramos que el fuero que Londres, Wáshington y Moscú otorgan a De Gaulle invocase el honor militar y el saber de la toga. Que la guerra civil, que es azote cruelísimo, no se añada a los infortunios de Francia. Rehumanícese Europa y sálvese la civilización cristiana. Y quicra Dios que en estos votos haya cada día más denuedo y más firmeza.

PEDRO MOURLANE MICHELINA.